Agosto
2022
BOLETÍN

BUBISHER

Sumario

El final del verano / Llegar más alto / El bubisher en el milagro saharaui / “Land Rofa” / Dambara / El arte de la nada, apocalipsis y dignidad / Una lección de resistencia / La Badía: célula primigenia de una vida que se pierde / Tu palabra cuenta / La hammada y la nada / De la hospitalidad saharaui / El corazón de las dunas

EL FINAL DEL VERANO…

Está a punto de llegar. Y partirán todos los niños y niñas que han pasado una parte de este tiempo estival con familias españolas, gracias al programa Vacaciones en Paz. Y se irán felices con sus álbumes de fotos llenos de momentos imborrables, con el cariño de las familias que los acogieron y con la alegría de volver a ver a sus padres y hermanos, de regresar a sus juegos nada sofisticados compartidos con sus amigos. Con la sensación de recuperar su

idioma y de poder expresarse con seguridad, con la tranquilidad de saber que no se caerán de la cama, porque volverán a dormir en el suelo rodeados de quienes solo tienen que estirar el brazo para calmar sus miedos nocturnos. Volverán con la seguridad de que la despedida de sus familias españolas es solo un hasta pronto, que seguirán en contacto con ellos, que hoy, por suerte, hay medios para que el cariño que se ha generado siga fluyendo. A veces, algunas familias españolas se extrañan de que se despidan con sonrisas y no con lágrimas, pero solo hay que ponerse en su piel o pensar en lo que nosotros mismos y nuestros hijos sienten cuando después de unas vacaciones en el extranjero regresan a casa, porque por muy lujosas que hayan sido, la vuelta al hogar es motivo de alegría.

Feliz viaje de regreso a casa, pequeños.

LLEGAR MÁS ALTO

De puntillas, eso es. Un poco más arriba, otro poco más. Los estantes de una biblioteca son para ti una escalera. Una escalera que no se acaba nunca, nunca. Y si necesitas una silla para llegar a ese estante al que nunca antes llegaste, búscala, descálzate, estírate y llega. Te está esperando ese libro que, tal vez sí o tal vez no, cambiará tu vida. De eso se trata, ¿sabes? Para eso levantamos del suelo esa biblioteca, para que llegues al estante más alto, para que un día te acuerdes y digas: yo empecé de puntillas.

EL BUBISHER EN EL MILAGRO SAHARAUI

Hay una zona en el desierto del Sahara donde la arena, dócil a los vientos, convive con la piedra impenetrable; donde el azul no humedece el secarral; donde en la noche las estrellas requiebran a la arena fría; donde la sed es de vida; donde los lagartos no salen al sol; donde las horas son de polvo y roca a la vez; donde la precariedad impone su severa ley.

Es esta zona la *hamada*, la parcela más inhóspita del desierto del Sahara. Es en ella donde habita, desde hace 46 años, la hospitalidad de un pueblo: el saharaui, que obra el milagro de una resistencia, guiada por una dignidad refractaria a la humillación. El milagro de un pueblo, que no se resiste a desaparecer de la escena, y sobrevive en la escasez.

El milagro no precisó de la aparición de virgen exótica alguna en lo alto de una duna. Bastó y sobró con el trabajo de las mujeres en carne mortal -los hombres en la guerra dejando constancia de la condición de su carne- para poner en pie y en funcionamiento, según directrices del Gobierno de la RASD, dispensarios, guarderías, centros para ciegos y discapacitados, talleres: de costura, de belleza, de pintura, de artesanías, de música, de informática…y escuelas, que acabaron con el analfabetismo descuidado por el colonialismo español, y que

vienen educando a una población constituida en sociedad organizada y amable…en medio de la nada.

Y muchos años después, el *bubisher,* el pájaro de la buena suerte, venido de lejos, hizo una aparición inesperada, para abundar en el milagro, llevando a los campamentos de refugiados espacios de apertura a otras realidades, en forma de bibliotecas, en las que el juego fomenta la creatividad, alimenta sensibilidades, fortalece conciencias. Sensibilidades y conciencias, que serán los cimientos sobre los que se sostengan sus vidas, cuando la tierra arrebatada les sea devuelta, no por obra de un milagro, sino de un acto de justicia.

Y, mientras, el milagro de la resistencia hospitalaria, generosa, solidaria, digna se sigue produciendo en la *hamada*, donde cada día el sol se pone disparando el rayo verde; donde el horizonte es un arco tenso; donde el mar azul está boca abajo; donde lo oscuro brilla en los ojos de los niños; donde el pedregal está seco, pero tiene alma. En fin, donde libertad es, hoy por hoy, una palabra. Una palabra sagrada.

Fernando Llorente

“LAND ROFA”

Distinguir el color de un camello por su pisada. Distinguir la avería de un segmento de un Land Rover por el rodar de su rueda trasera izquierda. Beduíno clásico, beduino moderno. Habitante de la Badía, exiliado en la hammada. El primero sabe, qué se yo, que el camello blanco es más delgado y ligero y el marrón oscuro más pesado. El segundo que cuando el eje no recibe la transmisión precisa esa rueda chirría. Mientras que nosotros suponemos, ellos saben. En la tronchante escena de la película “Hammada”, de Eloy Domínguez Senen, un joven saharaui con los ojos vendados juega a acertar la marca y el modelo de cada coche que pasa por la calle de uno de los campamentos. Lo mismo podría hacer el beduino clásico con las edades y cualidades de los camellos que atravesaran un cauce seco en Mjeiriz. Y es que el camello, en los campamentos, fue sustituido en los primeros años del exilio por el Land Rover (Land Rofa, en su simpática y sincrética pronunciación). Aquel que sabía qué hierba u hoja podía sanar a un camello enfermo, podía ahora arreglar un motor viejo con un alambre o una pieza de desguace.

Hoy, mientras el camello sigue impertérrito habitando el desierto fértil, el Land Rover va siendo relevado por el Toyota Land Cruiser primero y por fin por el Mercedes que oficialmente murió hace décadas en Hamburgo o Amberes, pero que aún tiene una séptima vida en Smara o en Ausserd. Nuevas necesidades de la vida, tan distinta. Como dice Harari en “Sapiens” que no hubo en la historia del hombre ninguno tan completo y sabio como el cazador recolector, no lo hay como el superviviente nato de un desierto que nosotros vemos desolado y ellos verde, como el que es capaz de hacer de un terrón pedregoso una pequeña ciudad con rotondas, o quitar las impurezas de la gasolina con un filtro improvisado con un trozo de papel en sus no menos distópicas gasolineras. La vida, siempre triunfante.

DAMBARA

“Dambara tiene cuatro años. Cuando mira piensa sobre lo que ve. No hay más que observar su expresión, aparentemente ausente, pero muy atenta, para saberlo.

Se ausenta hacia dentro.

Cuando ríe, más bien sonríe, pocas veces, se dice a sí misma, y dice a los demás, que le ha gustado lo que ha visto.

La sonrisa celebra el objeto de su mirar.

Un día me dijeron que estaba enferma. Al anochecer, vecino que era, en la daira Gleibat-elfula de la wilaya Dajla, la visité en la *jaima* de su familia.

Tumbada sobre la alfombra, tapada hasta la cintura con una manta, tenía la cabeza apoyada en un cojín, ladeada hacia donde estábamos sentados su madre y yo.

Me miraba como quien juzga sin emitir veredicto que, en todo caso, con abstracción de la circunstancia, no habría sido favorable: no se le escapó ni una zleve sonrisa.

Puse mi mano en su frente, primero: ardía. Después, la apoyé sobre su corazón: corría a saltitos de pulga.

Su familia, contraviniendo el hábito saharaui en casos así, la mantenía a dieta. Más por necesidad, que por convencimiento.

Después de un rato me despedí.

Avanzada la mañana del día siguiente, se asomó a la puerta del *beit*, donde yo escribía, una cara redonda y seria, la de Dambara.

Entró y me sonrió.

Le di un caramelo.

Se marchó con la sonrisa puesta".

(Dambara fue una presencia diaria, junto con otras niñas, durante el tiempo que estuve en su daira, en la primavera de 2007, dentro de los tres meses que pasé en los campamentos. 11 años después se inauguró la biblioteca Bubisher, la cuarta, en su wilaya. Dambara ya tenía 15 años. No he sabido de ella, pero seguro que ella sí habrá abierto más de un la vez la sonrisa, teniendo en sus manos ese bubisher de muchas alas policromadas, que es un libro)

Fernando Llorente

El texto forma parte del libro **"Heridas y bálsamos. Saharuis, espíritu de resistencia"**

EL ARTE DE LA NADA, APOCALIPSIS Y DIGNIDAD

No se construyen los corrales para hacer arte. Pero lo son. Son los corrales (curt) de los campamentos, para las cabras y los camellos. Hechos de restos metálicos de deshecho, porque en la hammada no hay madera. En medio de la austera y limpia pobreza, son seguramente lo primero que llama la atención de los viajeros. Hay alguno solitario, pero los más crecen por decenas, a una distancia prudente de las jaimas y las viviendas, y así, juntos, son como una enorme galería de arte escultórico. La virtud que nace de la necesidad. Serían también el escenario ideal de una película postapocalíptica sobre un planeta sin árboles, con los

restos rígidos de una sociedad industrial ya muerta. Apocalipsis significa “revelación”. Y lo son: la revelación y la metáfora de un pueblo que ha hecho de la nada un enorme lienzo para trazar el mapa de la dignidad.

UNA LECCIÓN DE RESISTENCIA

Cuando aquí se empieza a polemizar sobre la temperatura a la que tenemos que poner los termostatos de nuestras calefacciones o aires acondicionados, cuando la iluminación de los escaparates y de las ciudades en periodos festivos pasan a ser dardos políticos, no estaría mal que miráramos hacia la dura hamada en la que viven miles de saharauis. El frío intenso de las largas noches de invierno se cuela por las rendijas de las puertas y ventanas de los beit y atraviesa sin dificultad las telas de las jaimas. Los más de cincuenta grados del verano convierten en hornos las viviendas y en el exterior el sol literalmente abrasa. Algunas bombillas iluminan los caminos principales que unen las diferentes dairas, aunque las linternas, como si fueran luciérnagas, se mueven en la oscuridad que habita entre las casas a las que se llega por caminos de piedras sueltas. Y en estas precarias condiciones, desde los bebés hasta los ancianos, resuelven sus vidas con el coraje que les caracteriza. Contra el frío, mantas y toda la ropa de abrigo que puedan conseguir. Contra el calor, quietud y paciencia. Y no hace falta que las tiendas estén superiluminadas y las calles llenas de farolillos. Se compra lo que se necesita en los establecimientos que ya todos conocen.

Una mirada hacia los campamentos nos puede venir muy bien en estos tiempos convulsos. Y, de paso, apostemos por la solidaridad y la empatía y no por absurdos enfrentamientos que solo ocultan intereses partidistas.

LA BADÍA: CÉLULA PRIMIGENIA DE UNA VIDA QUE SE PIERDE

«La badía, sus camellos y sus nómadas, forman la célula primigenia de la relación entre los hombres: la poesía, la hospitalidad, la charla bajo las estrellas y el horizonte compartido en el camino. Y esta es también la célula primigenia de una vida que se pierde, que está siendo sistemáticamente exterminada en todos los rincones del mundo. La vida de los nómadas, el mejor pacto que el hombre ha suscrito con la naturaleza, sin derecho de posesión sobre la tierra y sus frutos, siguiendo a las nubes, agradeciendo su lluvia, transformando el agua en hierba y la hierba en leche. En un momento de la historia, este modo de vida sencillo y pleno fracasó frente al otro, el de la posesión y la codicia, el de la extenuación y el abuso de la naturaleza, el de la explotación de los hombres, el principio del fin del hombre sobre la tierra, porque si el hombre incumplió el pacto primigenio, la naturaleza acabará por expulsarle del Edén, convertido en Infierno.»

La Zancada del Deyar ***Gonzalo Moure, 2004***

TU PALABRA CUENTA

Son muchos los niños y niñas que ¡por fin! están disfrutando de unas magníficas vacaciones con familias españolas, gracias al programa Vacaciones en Paz. Pero no podemos olvidar que son muchos más los que no han venido, los que nunca vinieron y los que nunca vendrán. Niños y niñas que soportan temperaturas mucho más extremas que las de aquí y que no tienen medios para combatirlas, porque los escasos aparatos de aire acondicionado dejan de funcionar cuando el aire es fuego. Todos esos niños y niñas de todas las edades también merecen nuestra mirada y nuestro apoyo. No podremos llevarles a la piscina o a la playa, ni podremos hacerles una revisión médica, ni buscarles un lugar fresco donde jugar. Pero podemos dejarles unas palabras de aliento, un mensaje que les haga sentir que también ellos importan, que también les pensamos y les queremos. Mensajes que queden para siempre impresos en las paredes de sus bibliotecas.

Porque tu palabra cuenta y mucho para todos los niños y niñas que durante todo el año disfrutan de la magia de los libros en las bibliotecas Bubisher, participa en la campaña “TU PALABRA CUENTA”.

Mándanos tu mensaje al correo: voluntariosbubisher@gmail.com e ingresa en la cuenta de El Bubisher ES59 0081 0484 6900 0136 0246 del Banco Sabadell un euro por cada palabra de tu mensaje (solo por las palabras del mensaje, no por tu nombre y localidad) especificando en el concepto: Biblioteca Aaiún.

Gracias en nombre de todos los niños y niñas que, sin excepción, podrán ejercer su derecho a crecer con un libro en las manos.

LA HAMMADA Y LA NADA

Es un tópico, lo sabemos, pero es que no hay mejor comparación para intentar imaginar lo que es la hammada que imaginar, desde el todo en el que vivimos, la nada.

Si no has visitado nunca los campamentos, es simplemente imposible. Y es que no hay lugar peor en el mundo, más carente, más ausente. Puede que igual, pero imposible peor.

Mires hacia donde mires, apenas alguna elevación del desierto. El vacío. Vacío de árboles, vacío de gente, vacío de arbustos, vacío de edificios. Cuentan que antes de antes de la invasión la peor maldición para un saharaui era “Ojalá te veas en el exilio en la hammada”. Tanto que cuando la atravesaban en las caravanas ni siquiera bajaban del camello para dormir u orinar. Ni un pie en la hammada. A veces se preguntan, y no tiene respuesta, qué horrible pecado cometieron para acabar viviendo en ella. Por eso el milagro más grande del Sáhara es haber construido en ella una sociedad, cinco campamentos

separados por leguas de nada, haber sacado agua de debajo de las piedras, haber construido escuelas y hospitales (y sí, también bibliotecas, los “hospitales del alma”). Viajar desde Rabuni hasta Dajla, el campamento más lejano, es como ir desde la Tierra hasta la Luna, como sonreír sin labios, como mirar sin ojos, como amar sin el otro. Algún día, ojalá que pronto, la dejarán, volverán su tierra de playa y hierba, pero, por extraño que te parezca, las tres generaciones que ya han nacido en esa absurda desolación aseguran que ya, siempre, será también su tierra. Porque en ella lograron sembrar la dignidad.

Es un tópico, lo sabemos, pero es que no hay mejor comparación para intentar imaginar lo que es la hammada que imaginar, desde el todo en el que vivimos, la nada.

Si no has visitado nunca los campamentos, es simplemente imposible. Y es que no hay lugar peor en el mundo, más carente, más ausente. Puede que igual, pero imposible peor.

Mires hacia donde mires, apenas alguna elevación del desierto. El vacío. Vacío de árboles, vacío de gente, vacío de arbustos, vacío de edificios. Cuentan que antes de antes de la invasión la peor maldición para un saharaui era “Ojalá te veas en el exilio en la hammada”. Tanto que cuando la atravesaban en las caravanas ni siquiera bajaban del camello para dormir u orinar. Ni un pie en la hammada. A veces se preguntan, y no tiene respuesta, qué horrible pecado cometieron para acabar viviendo en ella. Por eso el milagro más grande del Sáhara es haber construido en ella una sociedad, cinco campamentos separados por leguas de nada, haber sacado agua de debajo de las piedras, haber construido escuelas y hospitales (y sí, también bibliotecas, los “hospitales del alma”). Viajar desde Rabuni hasta Dajla, el campamento más lejano, es como ir desde la Tierra hasta la Luna, como sonreír sin labios, como mirar sin ojos, como amar sin el otro. Algún día, ojalá que pronto, la dejarán, volverán su tierra de playa y hierba, pero, por extraño que te parezca, las tres generaciones que ya han nacido en esa absurda desolación aseguran que ya, siempre, será también su tierra. Porque en ella lograron sembrar la dignidad.

DE LA HOSPITALIDAD SAHARAUI

El huésped que llegue a una jaima saharaui será recibido sin que importe la hora. Tanto da si viene por la mañana o a altas horas de la madrugada. Aunque se presente en días de carestía o en medio de una tormenta, nadie se lo va a reprochar […] Quien cruza el umbral de la jaima, sea quien sea, siempre es bienvenido y se le recibe con saludos, sonrisas y abrazos. […]

Su presencia en el hogar es un cumplido, no importan los motivos, y con él se comparte lo que se tiene, incluso lo que no se tiene, con tal de que esté a gusto, se vaya satisfecho y vuelva alguna vez. Porque para los saharauis, la hospitalidad no es solo ley de vida, es la ley de la vida.

Ritos de jaima **Liman Boisha, 2012**

EL CORAZÓN DE LAS DUNAS

Las dunas, dicen, caminan. Las dunas, dicen, esconden rosas del desierto, como el regalo del niño del poema de Limam Boisha, que ofrece al visitante lo único que tiene, ramos de tempestad. Y es que las dunas son estériles para la vida vegetal, pero fértiles para el corazón, dulces y bellas curvas para el espíritu del beduino. En los campamentos, en la dura hammada, la gran duna de Ausserd es un regalo, un consuelo, la belleza, y en ella los niños saharauis hacen “sleha”, se dejan caer rodando o deslizándose por sus laderas, reconciliándose con el desierto. Quien no ha tomado un té en una duna, quien no ha dormido al menos una siesta en su tibio y suave colchón, no conoce sino la cara fea del desierto. Había una vez una bibliotecaria que luchaba con pala y escoba, cada día, con la duna que amenazaba con comerse a su biblioteca. Pero cada vez que clavaba su pala en su arena, le pedía perdón.